

POLÍTICOS, INTELLECTUALES Y UNIVERSIDAD*

Frank Adler

Traducción: Gilda Waldman M.

Resumen

La crisis de las universidades y de los intelectuales puede observarse como la caída de las líneas de demarcación de esta institución y grupos, en tanto autonomía especial y social, particularmente con la actividad práctica del Estado.

Esta nueva politización interna y externa de las universidades, propicia una colaboración, entre agentes ubicados en ellas, con el Estado y conduce a eliminar no sólo a la autonomía universitaria sino también al ideal, tampoco exento de las preconcepciones e intereses de los participantes, del conocimiento científico no instrumental. "la universidad" como refugio y autocomprensión de los intereses inmediatos de la sociedad..

Abstract

The university and intellectuals' crisis can be observed as the fall of the limits between the institution and groups, in the meantime social and espacial autonomy, with the State's practical activity in particular.

This new internal and external politization in the Universities, enhances collaboration between agents in its inner with the State, and conduces to eliminate not only the university autonomy but also the ideal, neither excent of preconceptions and interests from the participants, of the no instrumental scientific knowledge. "the University" as refuge and autocomprehension of immediate interest of the society.

La actual crisis que enfrentan los intelectuales y la universidad es, ciertamente, multifacética, y no puede ser reducida a explicaciones estructuralistas ni a aquellas que podrían analizar la crisis como un reflejo del vacío espiritual de nuestra época (el eclipse de las meta-narrativas, el colapso de los significados, etc.). La crisis debe ser analizada visualizando sus raíces en la caída de aquellas líneas de demarcación que separan a los intelectuales de otros grupos según su actividad práctica, líneas que separan asimismo a la universidad del Estado y de todas las otras instituciones de la sociedad civil. En otras palabras, lo que podría jugarse es nada menos que la particularidad

* Traducción de *Telos*, núm. 86, 1990.

privilegiada de los intelectuales (su *status* especial como portadores del conocimiento universal, y sus demandas distintivas de ser los buscadores de la verdad y la excelencia) y la particularidad privilegiada de la universidad (su autonomía espacial con respecto al Estado y a otras instituciones de la sociedad; su tradicional auto-comprensión como refugio con respecto a los intereses y exigencias inmediatos de la sociedad: su espacio propio como lugar donde puede tener lugar una discusión libre de toda coacción externa, etc.). Pierre Bourdieu, reconociendo la precaria situación de los intelectuales y de la universidad, convoca a una lucha por la autonomía, aunque su visión de una "república de artistas e intelectuales cuyos miembros tienen un interés en la razón y en la verdad" me parece *desesperanzadamente* ingenua, dada la falta de solidaridad que su estrategia *corportistas* presupone.¹ A pesar de reconocer a los "caballos de Troya" y a la "competencia desleal", Bourdieu fracasa en confrontar los efectos desintegradores que ha tenido la nueva politización en la estructura y espíritu de la vida intelectual.

Ya sea que se consulte la historia y la filosofía de la ciencia moderna, la nueva historia social, o la teoría crítica de la arqueología del conocimiento de Foucault, etcétera, resulta claro que los intelectuales y la universidad nunca concordaron, empíricamente, con las idealizadas concepciones que existieron sobre ella.

El conocimiento, como una forma de actividad social, refleja necesariamente, hasta cierto punto, las preconcepciones e intereses de sus participantes, etcétera. La resistencia conservadora dentro de las universidades hacia los nuevos conocimientos y la desagradable naturaleza de sus relaciones internas de poder son también demasiado conocidas como para insistir en ello.

Todo lo anterior es un asunto ya discutido. Lo que alguna vez se presentó como una crítica, ahora ha degenerado en un absurdo ideológico que afirma que todo es esencialmente un asunto de intereses y poder, incluyendo el conocimiento; y que nunca ha existido ni existirá una verdad trascendente y orientada racionalmente más allá de los intereses y el poder. En resumen, que todo es político y la verdad es sólo el resultado de conflictos de intereses. La integridad académica, desde esta perspectiva, queda reducida a una solidaridad *a priori* con un grupo particular cuyos intereses deben ser promovidos a expensas

¹ Pierre Bourdieu: "Intellectuals in the modern world", *Telos*, núm. 81, 1989, págs. 103-104.

de otros grupos. Dejando de lado, por el momento, el asunto de la sofisticación analítica, el precio pagado por esta instancia *politicizada* es el colapso futuro de aquellos lazos que separaban previamente a la universidad —entendida como una esfera privilegiada y autónoma— de las fuerzas inmediatas, directas y potencialmente controladoras de la sociedad más amplia. Este será un “colapso futuro” porque el Estado, como otros lo han señalado, ya ha violado la autonomía de la universidad y ha patrocinado ramas enteras de conocimiento para sus propios propósitos (servir al aparato de bienestar, contribuir a la reanimación de la economía, etc.). El tipo de politización al que yo me refería anteriormente está siendo promovido por agentes internos de la universidad, tanto para minar toda solidaridad intelectual (visualizada por ellos como errónea y opresiva) como para manipular a fuerzas externas al “campus” para sus propios fines. Para ellos, la universidad no tiene una particularidad distintiva, sino simplemente un microcosmos de la sociedad más amplia. Al rechazar la particularidad privilegiada de la universidad, los nuevos agentes políticos dentro de ésta tienen una visión instrumentalista de la educación, orientada sólo a resolver problemas sociales y a promover la igualdad social. Para ellos, el conocimiento y la universidad son instrumentos al servicio de algo más, al estilo de los viejos socialistas que solían referirse al marxismo como instrumento en manos de la clase trabajadora. Aunque los dos tipos de politización —uno por parte del Estado, externo, y el otro interno al “campus”— son distintos de modo analítico, a menudo se interpenetran y refuerzan mutuamente. De hecho, es esta colaboración entre agentes ubicados dentro del “campus” y en el Estado —ambos comprometidos a eliminar la autonomía y particularidad de la universidad— lo que diferencia de manera dramática a la “nueva” politización de aquella experimentada durante los sesenta, cuando el activismo estaba dirigido fundamentalmente en contra del Estado policial, la racionalidad burocrática y el conformismo cultural.

Si la actividad intelectual y la universidad nunca concordaron empíricamente, ¿por qué subrayar su particularidad, o más aún, justificar su privilegiada autonomía? En primer lugar, por razones heurísticas se podrían aducir nociones ideales a fin de introducir categorías útiles para dar algún sentido a la actual crisis. En segundo lugar, tales nociones han servido históricamente como ideales normativos, reflejando cómo debería ser practicada la actividad intelectual y cómo debería estructurarse la universidad. El hecho de que la realidad em-

pírica fuese menor a las expectativas no invalida necesariamente el valor verdadero de los ideales mismos.

Como punto de partida debería reconocerse que existe una tensión esencial entre estas concepciones idealizadas de la actividad intelectual y de la universidad, por una parte, y lo que algunos podrían considerar las premisas de la democracia, por la otra. La tensión no es solamente lógica (la una comprometida con la excelencia, la otra con la igualdad), sino también histórica. La universidad como institución es pre-democrática: sus orígenes se remontan a la emergencia de la vida urbana durante la Edad Media. Pre-democrática en su origen fue adicionalmente no-democrática en su estructura; es decir, las universidades fueron en esencial formaciones académicas, autónomas tanto con respecto a monarcas ambiciosos como también a la "demos". La lógica interna de estas formaciones académicas no era ni burocrática ni igualitaria; en última instancia, la autoridad académica no se fundamentaba en instancias administrativas superiores ni estaba subordinada a un simple conteo de votos. En ellas, la autoridad se basaba en el examen de la evidencia y en el eventual consenso en torno a los mejores argumentos ofrecidos por participantes calificados y reconocidos. De hecho, cuando Bourdieu se refiere a los ámbitos distintivos de la vida intelectual se remonta a este sentido de la vida universitaria: "la competencia entre sus participantes está organizada de tal manera que nadie puede triunfar sobre algún otro, excepto si ofrece los mejores argumentos, el mejor razonamiento y la mejor demostración".²

La sociología de Max Weber arroja muchas luces sobre las transformaciones históricas que debilitaron a los cuerpos de estudiosos y llevaron a la victoria de las organizaciones burocráticas. En tanto que los cuerpos académicos, que monopolizaban el conocimiento especializado, pudieron inicialmente preservar su autonomía y mantener a raya a los monarcas "diletantes", con el desarrollo de las burocracias reales estos cuerpos de estudiosos se encontraron desafiados primero, y suplantados luego por un modo de organización técnicamente superior, la encarnación misma de la racionalidad formal.

La autoridad burocrática en el mundo moderno, dondequiera que se ha desarrollado en enormes asociaciones tales como los estados o las ciudades metropolitanas, ha llevado al debilita-

² *ibid.*, pág. 103

miento de los órganos colegiados de las instituciones de enseñanza superior en los procesos de control efectivo, pues éstos últimos obstruyen la rapidez de las decisiones, la consistencia de las políticas, la clara responsabilidad de los individuos, y el trato despiadado a los de afuera en combinación con la manutención de la disciplina dentro del grupo.³

Weber demostró también cómo la burocracia y la democracia de masas, aunque están basadas en principios opuestos, históricamente han marchado de la mano en la medida en que se esperaba que los Estados democráticos modernos solucionaran una amplia gama de problemas, necesitando, por tanto, de la creación y crecimiento de las agencias burocráticas. La incesante burocratización de la vida, más que ninguna otra cosa, llevó al pesimismo fatalista de Weber en relación con el desarrollo de Occidente; nada podría competir con la maestría racional de la burocracia, ni nada podría prevenir a la burocracia de extenderse y absorber todos los aspectos de la vida. No había ninguna otra cosa opuesta a dicha burocratización, la cual llevaría de manera eventual a una "jaula de hierro" y a una noche polar de petrificación mecanizada.

Y, sin embargo, ciertas asociadas colegiadas, tales como la universidad, sobrevivieron y se volvieron indispensables para el funcionamiento de las democracias modernas precisamente porque ellas son no-burocráticas de modo inherente y pueden atender problemas normativos, cualitativos y evaluativos no susceptibles de ser tratados por los criterios burocráticos de eficiencia y optimización. Se debería considerar a la universidad en este contexto porque es una institución no-burocrática y se ocupa de aquellos aspectos esenciales de los cuales las burocracias calculadoras no podrían ocuparse: problemas de sustancia, significado, verdad, justicia, belleza, etcétera. De lo anterior se desprende, por tanto, que el valor de las universidades para la sociedad reside en lo que ellas hacen y en lo que son, porque son tan inherentemente diferentes de las homogeneizantes estructuras burocráticas de las democracias de masas. También se desprende que si las universidades podrán tener una función útil en la sociedad, deberán permanecer autónomas y ser capaces de reproducir las condiciones de

³ Max Weber: *The theory of social and economic organization*. New York, Free Press, 1969, pág. 402.

su existencia distintiva sin volverse microcosmos de la sociedad más amplia o instrumentos del control burocrático.

En este punto, se tornan evidentes las contradicciones entre la universidad y la acción afirmativa; una comprometida con la excelencia y la *distintividad*; la otra, con la equidad social y la uniformidad. Aunque se quisiese admitir que la selección sobre bases cualitativas de mérito también puede estar contaminada con factores tales como raza, género, etnicidad, clase y religión, el problema es saber cuál es la misión esencial y la lógica interna de la universidad como tal. No hay dudas en cuanto a la primacía y al rol esencial de la excelencia.

La acción afirmativa está comprometida con el refuerzo burocrático de la igualdad social que, aun siendo recomendable como una meta política, se contrapone con las instituciones colegiadas de enseñanza superior cuyos objetivos, lógica interna y procedimientos de reclutamiento están relacionados intrínsecamente con el compromiso de la excelencia. No todas las instituciones y ámbitos ocupacionales están tan *distintivamente* comprometidos con la excelencia. De hecho, pocos lo están. Por ejemplo, cuando la acción afirmativa se aplica a las fuerzas municipales de policía o a los bomberos, lo que se busca es una habilidad mínima, pero no la excelencia. Sin embargo, imponer esta lógica a la universidad significaría violar y, eventualmente, minar la *distintividad* que le permite a ésta ser autónoma, no burocrática, y de valor particular en la sociedad. Hacerlo convertiría a la universidad en otra oficina de correos o en otro edificio federal.

Si la autonomía de la universidad se basa en su capacidad para reproducir las condiciones de su existencia, y si la excelencia es central para su misión, entonces la acción afirmativa es una amenaza a su autonomía. En primer lugar, otros factores, y no la excelencia, son impuestos por fuerzas externas. En segundo término, en la actualidad estos factores han llevado a una declinación en los *standards*. En tercer lugar, los fondos —que son limitados— son retirados de la misión central de la universidad en favor de las demandas burocráticas. La acción afirmativa amenaza la autonomía de la universidad hasta el punto en que se compromete la excelencia en aras de criterios diferentes a los del mérito.

La nueva politización y, en especial, “los agentes internos” están amenazando la integridad y autonomía de la universidad. El conocimiento universal requiere orientaciones universales, apertura de mente y discusión plural. A pesar de su formalismo, la ética discursiva de

Habermas, y su comprensión de la emancipación como una conversación libre de toda coacción, apunta al corazón de la actividad intelectual y de la vida universitaria. Si bien la extensión de estos conceptos a la sociedad más amplia puede ser problemática ¿dónde sino en la universidad se pueden discutir los temas relevantes?